



Eucaristía de acción de gracias en el inicio del pontificado del Papa Francisco

Queridos hermanos sacerdotes concelebrantes.
Queridas y dignísimas autoridades civiles, judiciales, militares y académicas.
Queridos hermanos todos en el Cuerpo de Cristo.

Os saludo a todos con cordial afecto y os agradezco vuestra participación en esta Solemne Eucaristía, con la cual la Iglesia diocesana de Salamanca se une a la acción de gracias de todo el Pueblo de Dios en el inicio del ministerio apostólico del Papa Francisco, sucesor de Pedro como Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal.

Los católicos de Salamanca hemos acogido al Papa Francisco con el corazón abierto; le reconocemos como un don del Señor para su Iglesia y como el Pastor que el mismo Jesucristo nos envía para que en su nombre nos confirme en la fe y nos muestre el camino del amor en las actuales circunstancias. Valoramos las extraordinarias cualidades que adornan su rica personalidad cultural, espiritual y pastoral. Pero nuestra acción de gracias procede de la fe en el misterio de la Iglesia y se dirige a Dios sobre todo por la sucesión del nuevo Papa en la misión de Pedro. La misión en la Iglesia prevalece sobre la persona.

Elevamos, por tanto, nuestra acción de gracias desde la gozosa confianza a la que nos exhortan las palabras de Jesús con las que acaba el Evangelio de Mateo: *“Jesús se acercó a ellos y les habló así: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28, 18-20).

En el cumplimiento de esta misión universal de la Iglesia, encomendada por el Señor a todo el Colegio apostólico, se sitúa la misión del todo peculiar confiada por Jesús a Simón Pedro.

Esta misión tiene su origen en la confesión de fe de Simón: *“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”* (Mt 16, 16), que le ha sido revelada por el *“Padre que está en los cielos”* (Mt 16, 17). Y adquiere su primera expresión en las palabras con las que Jesús responde a su profesión de fe: *“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia,*



Carlos López Hernández

y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos” (Mt 16, 18-19).

El Señor resucitado ha confirmado a Pedro en esta misión, formulada como un servicio de apacentar sus ovejas como prueba de amor al Buen Pastor que ha dado su vida por ellas. *“Simón, hijo de Juan, me amas más que éstos”. “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”. “Apacienta mis ovejas” (Jn 21, 15. 17).* Por ser Pedro la roca visible de la edificación de la Iglesia, se le pide un amor mayor que a los restantes apóstoles.

De esta forma queda de manifiesto que la misión de Pedro es un servicio que brota de la fe verdadera, que obra por el amor. Pedro confesó primero la fe y, después de su negación de Jesús en la prueba de la pasión, la confirma humildemente por el amor, que le lleva a seguirle hasta dar la vida por sus ovejas.

Y la razón de ser de la misión de Pedro es la edificación de la Iglesia en la fe y en el amor a Jesucristo, *“porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por que el nosotros debemos salvarnos” (Hch 4, 12).* Jesucristo, proclamará Pedro, *“es la piedra que vosotros, los constructores, habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular” (Hch 4, 11).* Con esta referencia a Cristo como piedra angular de la Iglesia y como único salvador de los hombres, el propio Pedro nos ha dado una luminosa clave para la recta interpretación de la misión a él encomendada por Jesús con estas palabras: *“Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... A ti te daré las llaves del reino de los cielos” (Mt 16, 18-19).*

Jesús cambió el nombre a Simón. Ahora es Pedro, roca y fundamento visible para la edificación permanente de la Iglesia en Cristo, que es la piedra angular.

Con el cambio del nombre, Jesús ha iniciado en Simón un proceso de cambio de su mente y de su corazón, cuyos frutos se irán manifestando progresivamente por la acción del Espíritu en él. El fruto inicial se manifestó de forma inmediata en la confesión de fe en Jesús como el Hijo de Dios. Pero el proceso solo se perfeccionará en el amor con la luz de la resurrección y el don del Espíritu.

El cambio de corazón ha necesitado también un camino largo y doloroso, que ha pasado por la humillación de la negación. Sólo con el nuevo corazón, don del Espíritu del Resucitado, Pedro ha podido confesar: *“Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero” (Jn 21, 17).*

Todo este largo recorrido existencial de Pedro ha sido conducido y acompañado por Jesús, que le había prometido: *“Yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca; y tu, cuando te recobres, confirma en la fe a tus hermanos” (Lc 22, 31).*



Carlos López Hernández

Cristo construye cada día a Pedro como roca visible de su Iglesia, para que Pedro, a su vez, confirme en la fe y en la vida en Cristo al rebaño que el Señor le ha confiado apacentar. El rebaño y las ovejas no son de Pedro, sino de Jesús, el buen pastor que ha dado la vida por ellas (cf. Jn 10,11). Él nos ha cargado sobre sus hombros como pastor y obispo de nuestras almas (cf. 1 Pe 2, 25).

La misión de Pedro está en referencia a la Iglesia y al Reino de los cielos. Jesús ha querido edificar sobre la roca de la fe y del amor de Pedro su Iglesia, es decir, la comunidad mesiánica de los discípulos con los que ha sellado una Nueva Alianza en su sangre y a la que ha constituido como su Cuerpo y Templo de su Espíritu. Pero las llaves entregadas a Pedro son las del Reino de los cielos. Lo que Pedro ate en la Iglesia, quedará atado en el Reino de los cielos; a quien Pedro abra las puertas de la Iglesia, se le abrirán las puertas del Reino de los cielos.

El Papa Francisco ha insinuado ya en sus primeras homilías, a los Cardenales y todo el Pueblo de Dios, en la eucaristía de inicio de su pontificado, los acentos que va a poner en su ejercicio del ministerio de sucesor de Pedro.

Con la misma valentía de Pedro y Juan, seguirá proclamando Francisco que la Iglesia no puede detenerse en el camino del seguimiento de Jesús en las actuales circunstancias, para ser edificada por el Espíritu Santo sobre la roca invisible de Jesucristo y como Esposa de Cristo, no como una mera institución espiritual de beneficencia. Para ello, necesita asumir gozosamente el camino de la Cruz de Jesús y acompañar con amor, misericordia, ternura, humildad y pobreza a todos los crucificados de nuestro tiempo. Con la atención constante a Dios, en fidelidad a su palabra y a sus designios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio, el Papa Francisco se siente llamado a cuidar de la edificación de la Iglesia, que es construida por Dios mismo con piedras vivas marcadas por su Espíritu. Quien escucha a Dios y se deja guiar por su voluntad es más sensible a las personas que le han sido confiadas, sabe leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea y sabe tomar las decisiones más sensatas.

Porque el centro de la vocación cristiana es Cristo, es necesario guardar a Cristo en nuestra vida y así cuidar de nosotros mismos, para poder guardar a los demás y salvaguardar la belleza y el respeto de la creación de Dios y de todas sus criaturas. Porque el odio, la envidia y la soberbia ensucian la vida, es necesario vigilar sobre nuestros sentimientos y sobre nuestro corazón, porque de él salen las buenas y malas intenciones, las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad y de la ternura, que no es propia de los débiles, sino que indica fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera apertura al otro, de amor.

El ministerio de Pedro lleva consigo un poder que es servicio de apacentar las ovejas de Jesús por amor. “El papa, para ejercer el poder, debe entrar cada vez más en ese servicio que tiene su culmen luminoso en la cruz; debe poner sus ojos en el servicio humilde,



Carlos López Hernández

concreto, rico de fe... y... abrir los brazos para custodiar a todo el Pueblo de Dios y acoger con afecto y ternura a toda la humanidad, especialmente a los más pobres, los más débiles, los más pequeños; eso que san Mateo describe en el juicio final sobre la caridad: al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al encarcelado (cf. Mt 25, 31-46). Sólo el que sirve con amor sabe custodiar”.

La vocación de custodiar la creación y el designio de Dios inscrito en la naturaleza es una vocación humana que corresponde no sólo a los cristianos sino a todos. Custodiar a todos con amor, especialmente a los niños, los ancianos y los más frágiles; custodiar las relaciones en la familia y vivir con sinceridad las amistades; protegerse mutuamente en la confianza, en el respeto y en el bien es una responsabilidad que nos afecta a todos. Por ello, el Papa Francisco ha llamado a todos a ser custodios de los dones de Dios. Y en especial ha llamado a ejercer esta tarea a quienes ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, para que los signos de destrucción y de muerte no acompañen el camino de este mundo ni desfiguren el rostro del hombre y de la mujer.

Custodiar la creación, cada hombre y cada mujer, con una mirada de ternura y de amor, es abrir un resquicio de luz en medio de tantas nubes; es llevar el calor de la esperanza. La esperanza que los creyentes llevamos en el corazón tiene el horizonte de Dios, que se nos ha abierto en Cristo, y está fundada sobre la roca que es Dios.

Este programa de servicio de amor que el Papa Francisco se ha trazado, y nos invita a todos a asumir con él, es una forma actual de sanar la enfermedad más radical de la humanidad en el nombre y con el poder de Cristo resucitado, confiado a los apóstoles y, en particular, a Pedro. “*No hay salvación en ningún otro*, dijo Pedro, lleno del Espíritu Santo, “*pues bajo el cielo no se nos ha dado a los hombres otro nombre por el que debemos salvarnos*” (Hch 4, 12). Sólo por el nombre de Jesús, y no por ningún otro, puede presentarse hoy ningún hombre integralmente sanado en medio de nuestra sociedad. **Jesucristo es el único salvador del hombre.** Y en este anuncio la Iglesia no va a ser callada, porque tiene viva conciencia de estar obligada a obedecer a Dios más que a quienes, por no haber comprendido el significado de lo acontecido en Jesús, pretendan reducirla al silencio, cuando habla de Dios al hombre encerrado en su autonomía y cuando su palabra sobre el hombre choca con los intereses de los poderes de este mundo.

Solo la escucha de Dios y el guardar a Cristo en nuestra vida nos hace capaces de cuidar y guardar la vida de los demás. La oscuridad de Dios, por el contrario, deja áridos los corazones y da origen a desiertos de pobreza y hambre, de abandono y soledad, de amor destruido y de injusticia en la distribución de los bienes de la tierra, que amenaza gravemente la paz.

No tememos que la bondad y la ternura de Dios nos hagan débiles para triunfar en el mundo. Conocer el amor de Dios y creer en él nos aclara el misterio de nuestra



Carlos López Hernández

identidad, nos abre la puerta al conocimiento de nosotros mismos y a la auténtica relación humana con el prójimo. Dejarse seducir por el amor de Dios más que por los egoístas intereses humanos es una garantía de que nuestra vida no se hace algo banal y sin sentido, no se devalúa en su identidad más propia, es irreductible en la búsqueda de la verdad, del bien y de la belleza, y no se deja convertir en instrumento al servicio de otro fin, se mantiene en el ejercicio responsable la libertad desde el amor y está al servicio de los demás. Reconocer el amor de Dios, por tanto, es la garantía para preferir ser crucificados antes que crucificadores de los demás, tener paciencia y misericordia antes que erigirnos en jueces y condenadores de los prójimos, entregar la propia vida antes que utilizar la de los otros para nuestro provecho.

Vivir en la comunión de amor con Jesucristo, en fin, es para la Iglesia garantía de fidelidad en el cumplimiento de su misión, de manera que el Evangelio no se desvirtúe y la propia Iglesia nunca caiga en la tentación de actuar al gusto y al dictado de los poderes del mundo. Porque hemos conocido el amor de Dios en Cristo, sabemos que el mundo se salva por el amor y no por el poder.

Damos gracias a Dios por esta senda antigua, permanente y actualizada que ahora nos presenta el Papa Francisco como el camino del anuncio del Evangelio al hombre de hoy: por este amor conocerán todos que somos discípulos de Cristo y creerán en Él. Acogemos con alegría su custodia en la fe y en el amor y oramos por él, para que, con la intercesión de la Virgen María, de san José, de los Apóstoles Pedro y Pablo y de san Francisco de Asís, El espíritu Santo le acompañe en su ministerio.

Catedral Nueva, 23 de marzo de 2013